

Francia, que despues de ocasionar una y otra en el pais mil trastornos y calamidades, tuvieron un éxito desgraciado. El duque de Buckingham habia caído bājo el puñal de Felton, y el gobierno vino á parar á manos de Carlos y Laud. Resonaban ya en los oídos del pueblo los nombres de los jefes de los Comunes, los Eliots, los Cokes y los Seldens, y la persecucion de que eran objeto los hombres de aquella clase excitaba donde quiera murmuraciones de toda especie. Los principales de entre los parlamentarios circulaban mil pronósticos respecto al estado de los negocios, que á la sazón, segun decian, no iban tan mal como ántes: de todos modos no puede recordarse sin satisfaccion que aquellos hombres consiguiesen la peticion de derechos en nuestro código politico, como punto que habia de hacer época en nuestra historia constitucional.

Los sucesos que en este intervalo ocurrieron en Cambridge, no merecen especial mencion. La eleccion de Buckingham para el cargo de Canciller, secundando los deseos del rey, produjo en la mitad de la Universidad un sentimiento de humillacion, y predispuso á la otra á demostraciones de adulacion que tuvieron no poco de ridiculo. Entónces, ó poco despues, se verificó la instalacion de Su Gracia con todos los honores y oficiosidades que en aquella ocasion parecieron oportunas. Y á consecuencia de esto el Rey y la Reina favorecieron á la Universidad con su visita, haciéndose alarde entónces de un servilismo de fidelidad que no podia engañar á los que veian la realidad de las cosas.

La série de estudios que se daban cuando Milton estaba en Cambridge, constituia un periodo de transicion entre las antiguas formas de la Edad media, y lo que con el tiempo se habia ido progresando. En la enseñanza de las matemáticas, la fama de la Universidad era nula, pues hasta unos treinta años despues de haber salido Milton de ella no hubo cátedra particular de aquella ciencia. Explicábanse elementos de geometria, pero se daba el primer lugar á la filologia, la teologia y la filosofia, refiriéndose principalmente esta última á la lógica y la metafísica. Dábanse las lecciones por profesores de la Universidad, á las que asistian con más ó ménos asiduidad los estudiantes de los diferentes colegios. El cargo de profesor en estos, aunque se proveia sistemáticamente, no podia sustituir al de los profesores universitarios como en tiempos posteriores. Los estudiantes de cada colegio estaban divididos en secciones, y estas dirigidas respectivamente por distintos profesores. Tanteábase el mérito comparativo de los estudiantes no por medio de los exámenes, como se acostumbra ahora,

sino en los certámenes que sostenian aquellos en latin en la capilla del colegio, y estos certámenes en que iban turnando todos, pero no muy á menudo, además de las lecciones que daban con el profesor y las que privadamente estudiaban, venian á completar la rutina que se observaba en la educacion universitaria.

Deberiamos suponer, aunque sin testimonio directo para ello, que Milton adquirió crédito en todas las clases con sus profesores, que sostuvo con lucimiento los certámenes de la capilla, y que no se mostró desidioso en su estudio privado. No tenemos, sin embargo, datos auténticos para afirmar nada de esto, pero estamos en libertad de presumirlo, además de que para nosotros es de todo punto evidente. Su sobrino Philips dice que «por su extraordinaria capacidad y por la aplicacion que habia manifestado en los ejercicios hechos por su grado,» era «querido y admirado de toda la Universidad, especialmente de sus compañeros y las personas de más talento de su casa.» Aubrey afirma que «era un estudiante muy aventajado en la Universidad y desempeñaba alli todos los actos con extraordinario aplauso.» Wood encarece aún más su alabanza, añadiendo que durante sus estudios, tres años ántes, y lo mismo en el colegio, «acostumbraba á estarse hasta media noche encima de los libros, lo cual fué la primitiva causa de que sus ojos comenzasen á cegar;» pues «se dedicaba con infatigable empeño al estudio en que tanto aprovechó, y desempeñaba los actos asi del colegio como los académicos, con admiracion de todo el mundo, siendo además un jóven muy virtuoso y sóbrio; bien que muy persuadido de lo que era.» En 1642 uno de sus contrincantes le pinta como uno de los que más alborotaban la Universidad, de manera que al fin, «fué expulsado de ella.» Y á esto replica Milton: «Por esta gratuita mentira, que hubiera podido ser creible en otro tiempo, le doy las gracias, pues me ha dado con ella ocasion para mostrarme públicamente y de todo mi corazon agradecido á las extraordinarias consideraciones que se me guardaron sobre todos mis iguales, y á la benevolencia de todos aquellos hombres tan doctos, profesores del colegio en que vivi algunos años, los cuales al salir de alli, despues de tomar dos grados, como era costumbre, expresaron de diferentes maneras cuánta mayor satisfaccion les hubiera cabido en que hubiera continuado alli, asi como por diferentes cartas suyas llenas de afecto y cariñosos recuerdos, ántes de aquel tiempo y mucho despues, pude convencerme de la singular estimacion que me profesaban.» Debe tenerse presente que estas declaraciones se publicaron á los

diez años de dejar á Cambridge, cuando los que hubieran podido desmentirlas, si no hubieran sido ciertas, vivian en su mayor parte.

Tiempo habia de venir en que Milton se hiciera públicamente partidario del Parlamento, y abogara por las grandes reformas que se habian realizado en la Iglesia y el Estado, sin omitir las universidades; y nada entónces más natural que sus adversarios hubieran recordado su vida universitaria; y dado este caso que podía servir de móvil para promover algun escándalo, no sólo lo hubieran promovido muchos, sino complacidos en exagerarlo. Asi aconteció, que hallándose Milton en el segundo año, tuvo una disputa con su profesor Chappell en la cual medió el doctor Bainbridge; y el resultado parece fué que se obligó á Milton á ausentarse por algun tiempo, ó que él mismo creyó conveniente hacerlo. Pero no duró mucho esta ausencia: ocurrió al terminar la Cuaresma de 1626 y no le ocasionó la pérdida del curso. Al regresar se halló con otro profesor llamado Tovey.

Pero estos hechos han servido de fundamento á algunas suposiciones. El doctor Johnson, consecuente con el espíritu de su critica respecto á Milton, dice: «Hay motivos para creer que Milton no era mirado en su colegio con mucho afecto. Que no obtuvo distincion alguna, está probado; mas el despego con que se le trató fué algo más que negativo: vergüenza nos da referir lo que tenemos por muy cierto, á saber, que Milton era uno de los peores estudiantes de una Universidad en que se imponia la pública infamia del castigo corporal.» Para nosotros nada más infundado que la primera parte de esta asercion, es decir, que Milton fuese mirado con despego por las personas de su colegio; y en cuanto á la otra insinuacion referente al ominoso castigo que pudo imponérsele, es no ménos improbable. La única razon aparente que hay para semejante imputacion, se encuentra en los manuscritos de Aubrey. Citando como autoridad á Cristóbal Milton, dice el mismo Aubrey que nuestro poeta recibió algunos malos tratos de manos de Chappell; y sobre la expresion «malos tratos» se encuentra interlineada la de «le pegó azotes.» De dónde se sacase este dato, no se sabe; no cabe duda que tanto en Cambridge como en Oxford seguian aplicándose estos castigos infamantes; pero con ménos frecuencia que en tiempos antiguos, y sobre todo á jóvenes mayores de diez y seis años. Pues bien: en la primavera de 1626 Milton tenia diez y ocho; asi que, examinando el caso imparcialmente, antójásenos que esta es una de tantas invenciones como se echaron á volar contra el escritor que

se atrevió á combatir sin miramiento ni reparo alguno las preocupaciones y ruindad de los hombres de aquella época ¹.

Lo evidente es que la juventud de Milton, sin afectar pureza, rectitud ni virtudes de ningun otro género, se distinguió por su gravedad y por la castidad de sus costumbres. Pero su gravedad era la que debe tener todo hombre, sin mezcla alguna de intolerancia ni de altivez. En cuanto á su castidad, no sólo fué un hecho, sino hecho nacido del convencimiento que aún el hombre más puro estimaria como demasiado ideal y mistico para profesado en un mundo como el nuestro. En su opinion la falta de esta virtud era más reprobable en el hombre que en la mujer, porque arguye debilidad de naturaleza en quien debe ser más fuerte y ejercer más dominio sobre sus pasiones. En sus versos á Hobson manifiesta que á veces tenia sus ratos de buen humor, y en la epistola á su amigo Diodati, en la primavera de 1626, confiesa que mientras estuvo en Lóndres iba alguna vez á las funciones de los teatros. En tiempos posteriores, como le acusasen algunos de sus émulos porque escribia como hombre demasiado familiarizado con los espectáculos escénicos, creyó deber replicar en los siguientes términos: «Pero desde el momento en que se hacia preciso echar mano de los afeites, del peluquin ó de la carátula que se ven en las comedias ¿no era extraño que en el colegio hubiera tantos teólogos ó aspirantes á teólogos, que subiesen á las tablas y retorciesen y atormentasen sus miembros clericales con todas las livianas posturas y gesticulaciones de los polichinelas, bufones y payasos, prostituyendo la dignidad de aquel ministerio, tuviésenlo ó no lo tuvieran, en presencia de los cortesanos y de las damas, de los lacayos y de las doncellas? Allí donde ellos representaban tan sin escrúpulo entre los otros estudiantes mozos, yo era espectador: se creian galanes, y yo los tenia por locos; ellos se divertian asi, y yo me reia de ellos; ellos disparataban, y yo pasaba un mal rato; y cuando daban en afectar aticismo, ellos embrollaban un párrafo, y yo los silbaba sin compasion.» Todo

(1) El doctor Johnson, que se complacia en divulgar esta calumnia contra Milton, así como algunos otros, suponía que Milton no pudo olvidar jamás aquel ultraje, y que indirectamente lo confesó en una de sus poesías latinas, cuando, hablando de Cambridge y declarando que no le lisonjeaba la idea de volver á ver aquella Universidad, escribia:

«*Nec duri libet usque minus preferre magistris,
Ceteraque ingenio non subuenda meo.*»

Este último verso lo traduce el malicioso crítico así: «y otras cosas insufribles para un hombre de mi temple.» Pero *ingenio* lo que aquí expresa propiamente es la constitucion *intelectual*, al paso que la degradacion que impone el castigo personal afecta á la constitucion moral. Milton alude aquí á los enojosos certámenes del aula, que tan repugnantes eran á la delicadeza de su genio poético.

parece que se refiere á la gran representacion que se dió delante del rey y la reina en Cambridge en 1629. La descripcion indica la idea que Milton pudo adquirir del drama, y nos la da asimismo de los estudiantes del colegio de Cristo cuando añade, «con otros estudiantes mozos,» y manifiesta el desagrado con que vió aquella disparatada representacion, hasta que por último no pudo reprimirse y soltó una estrepitosa silba.

En resumen, aunque Milton no ejerció el sacerdocio en la Iglesia anglicana, no por eso dejó de considerarse como sacerdote bajo cierto aspecto. El sacerdocio á que aspiraba era el de la poesia; la inspiracion que anhelaba era la que recibieron los antiguos profetas, inspiracion de que se hacian dignos aun siendo seglares, pero que los elevaba al goce de los títulos más sagrados. En su concepto, un poeta tan excelente como él esperaba que llegaria á ser, debia tener en su carácter algo de divino. El cantor de las Bacanales no era mucho que se confundiera con las Bacantes; pero un poeta que se remonta en su imaginacion á cosas celestiales, no puede vagar por la tierra, no puede considerarse como terrestre. El mal inseparable de nuestra naturaleza le da aptitud para pintar el mal; pero si ha nacido para imprimir en los hombres el sentimiento del bien, debe dirigir el vuelo á las sublimes regiones donde el bien impera. En todas las artes los sentimientos verdaderamente religiosos proceden de hombres religiosos tambien. El génio desprovisto de santidad puede llegar al arca, mas no tocar á ella sin profanarla. Por más que uno se distinga en otros géneros, si carece de facultades especiales para éste, jamás conseguirá éxito alguno. En artes, como en religion, el hombre natural no puede tratar de asuntos espirituales.

La doctrina admitida es que los hombres de facultades poéticas ó artisticas son seres dotados de grande imaginacion y sensibilidad, y por consiguiente se elevarán ó descenderán alternativamente á impulsos de su capricho, hallándose aun lo moral y lo religioso sujeto á esta ley de su naturaleza, ó más bien á esta falta de toda ley. La vida de Milton no es la única que prueba semejante inconstancia é irregularidad: tan persuadido estaba de este defecto, que á él precisamente debió la profunda conviccion que toda la vida le sirvió de norma. Asi es que reflexionando sobre esto, escribia: «He llegado á adquirir el convencimiento de que si uno, realizando sus esperanzas, consigue escribir con acierto cosas dignas de loa, debe ser por si un verdadero poema, es decir, una composicion, un dechado de todo lo mejor y más honroso, sin creer que pueda celebrar altos

hechos de héroes ó pueblos famosos, miéntras no lleve en sí la experiencia ó la práctica de todo lo que es loable.»

¿Qué extraño, pues, que un jóven como el de Cambridge, que pensaba de esta manera, y tan juicioso y firme era en sus propósitos, viviese en cierto modo apartado de todos los demás? ¿Por qué hemos de maravillarnos si se lamentaba de la ausencia de personas que abrigasen estos pensamientos ó inclinaciones entre los que se hallaban á su lado ^{1?} Que la antipatia y reserva consiguientes á tal aislamiento sean prueba evidente de su altiva condicion y excesivo amor propio, con razon habrá quien lo presuma. En ciertas situaciones, para hacerse enemigos, no se necesita más que infundir la sospecha de que á todos juzgamos inferiores; y es indudable que por esta causa Milton debió sufrir mucho en los primeros tiempos del colegio. En su aspecto debia sin duda haber algo de altivez, aunque fuese una apariencia que proviniera de otra causa; su amor propio debia ser grande, pero natural, inteligente, el que su inteligencia no le vedaba mostrar, aun proponiéndose no ocultarlo. Su superioridad era tan verdadera, que hubiera sido en él una afectacion fingir que no estaba penetrado de ella. Todos saben que por su excelente complexion y la belleza de sus facciones, se le dió alguna vez el nombre de «la señorita del colegio de Cristo.» Pero tampoco se ignora que era diestro en la espada, y Wood afirma que «era de afable semblante, de gallardo y varonil continente, y animoso y resuelto en sus palabras.» Siendo muy jóven, empezó el estudio del hebreo. Las primeras poesias que se conservan de su pluma, son una paráfrasis de los salmos 114 y 136. Estos ensayos los hizo, segun confesion propia, á los quince años. En ellos se advierte un tono robusto y vigoroso, como el que caracteriza sus escritos posteriores; el que sigue en orden de tiempo pertenece á un año despues de su llegada á Cambridge. Es una poesia titulada: «Á la muerte de un hermoso niño.» El niño era un hijo de su hermana; los versos manifiestan grande imaginacion, y están llenos de conceptos y expresiones de que sólo es capaz un verdadero poeta. Hallamos á continuacion el «Tiempo de vacaciones,» que se escribió cosa de un año despues, y que es sumamente interesante como indicio de la facilidad con que el

(1) Por esto escribia á los dos años de residir en el colegio: «Verdaderamente, segun he podido averiguar, apenas habrá aquí uno ó dos, entre tantos como somos, que no tengan cierta tintura de teología, y que ignorando la filología, lo mismo que la filosofía, no se contenten con parecer un poco teólogos, lo bastante para hilvanar un breve sermon, ó llenarlo de retazos de otra cualquiera cosa.» *Carta á Alejandro Gill. Julio 2 de 1628.* Este disgusto de los hombres y de las cosas no era para granjearse muchos amigos; pero de que opinase así ¿quién ha de maravillarse?